



# LAS LÁGRIMAS DE MI PADRE

Pilar Ruiz-Va Palacios  
UNED

Recibido: marzo 2019/ aceptado: marzo 2019

Por nada del mundo hubiera podido imaginar la causa del denso silencio que emparedó esa etapa de nuestras vidas. Contaba alguna vez mi madre, sí, el azaroso entramado de peripecias en las huidas nocturnas a lomos de burro, embarazada de mi hermano mayor, tratando de esquivar en la oscuridad la inestable línea de fuego del frente y las trincheras fluctuantes de ambos bandos en la guerra civil. Pero eso era todo. Ningún análisis adicional. Ninguna interpretación. Tampoco pregunté yo; en realidad, nadie en la casa alzó la voz para preguntar ni a los abuelos ni a los padres, durante aquellos –largos– años acerca de lo que había motivado ese zigzag aventurero de huidas y retornos. Había guerra, y eso era todo. Y lo que es más, nunca se pudo llegar a saber cómo valoraban ellos el haberse visto deambulando en medio de la noche, ni para salvarse de qué o de quién lo habían hecho. Y del resto de sus vidas durante la guerra de España, en un pueblo pequeño, sumido en la frontera de las Castillas profundas, cuyo nombre nada evocaba al mencionarlo, ni un solo dato revelador dieron nunca.

Pese a los desvelos protectores con que procuraron resguardarme de todo mal por ser la única chica de la prole, les salí adolescente respondona, y di en comprometerme con los movimientos de protesta estudiantil. El disgusto mayor les vino un día de la mano del decano de la facultad de Filosofía y Letras, condiscípulo suyo en los estudios universitarios, cuando los alertó de que su niña era una contestataria, que tenían que creerle porque él, con sus propios ojos, la había pillado presidiendo asambleas del movimiento estudiantil encaramada al reloj del vestíbulo principal de la facultad, por lo que se estaba jugando un expediente de expulsión de la universidad española. No recuerdo ni una bronca en casa, lo que recuerdo más bien es la perplejidad que me produjo la desmesura de su angustia tras aquella advertencia, pues, de seguir en mis actividades calificadas

de “subversivas”, temían –ellos, más que yo– por mi suerte. Mi padre puso todos los libros de la editorial Ruedo Ibérico con el lomo hacia dentro en las estanterías e hizo desaparecer los vinilos de los Coros del Ejército ruso, como el niño que, al taparse los ojos, piensa que no lo ven. A mí me parecía una explicación suficiente de sus temores la autocensura generada por la represión franquista a lo largo de treinta años en gran parte de la población, y no me paré a plantearme si había porqués secretos de tan extremas cautelas, más ocupada en ocultarles mis pertinaces actividades antidictadura con objeto de evitarles preocupaciones... y así poder seguir viviendo a mi albedrío. Y seguí asistiendo a escondidas de ellos a reuniones clandestinas; seguí repartiendo panfletos y acudiendo a todas las convocatorias de salto, que era como llamábamos entonces a las manifestaciones, pues, al ser inmediatamente reprimidas por los grises, duraban lo que un salto.

Solo muchas décadas más tarde me he preguntado si el incondicional apoyo de mis padres para que, terminada la carrera, ampliase estudios en el extranjero no tendría el exclusivo fin de quitarme de en medio, para salvarme –contra mí misma– de acabar en las mazmorras de Carabanchel. Años después, atraída por los rumores insistentes de que la muerte del dictador era inminente, di por concluidos los estudios en Francia e Italia y regresé a España con la determinación de participar en las postrimerías de la lucha contra el régimen. Y, efectivamente, muy pronto, dio un día la noticia la televisión: “Franco ha muerto”.

Llevábamos ya un buen rato galvanizados por las imágenes de la capilla ardiente del dictador en la pantalla de la tele, cuando miré a mi padre. Dos hilos de lágrimas le resbalaban hasta la barbilla y goteaban sobre la camisa. Exclamé enfurecida: “¿Pero se puede saber por qué estás llorando, papá?”. Sin apartar los ojos del féretro donde yacía el tirano, como si no hubiera oído mi pregunta, musitó: “¡Cómo nos las has hecho pasar, don Francisco!”. Ahí me desmoroné yo. Nunca, en todos los días de mi vida, había visto llorar a mi padre. Nunca, en todos los días de mi vida, había escuchado un comentario suyo que hubiera podido permitirme ubicarlo a favor o en contra de los vencedores de la guerra y, mucho menos, como víctima. Desde que yo tenga memoria, jamás nos habían desvelado nada a los cuatro hermanos que nos permitiera imaginar que hubieran padecido penalidad política alguna. Pero tampoco esas lágrimas abrieron la espita de sus confidencias.

Durante la Transición, en vísperas de las primeras elecciones generales democráticas de mi vida, me irritaba percibir la renuencia de mi padre a confesar su intención de voto, mientras me aconsejaba desazonado no pregonar a qué partido iba a darle yo el mío, como si temiera que hacerlo entrañase nefastas consecuencias. “No te signifiqués tanto, hija –me insistía–; esas cosas quedan registradas cuando menos lo piensas, y pasan factura”. Yo me llegué a insolentar con él, retándolo por cobarde, con la soberbia de probar a provocarlo, con la embriaguez de hablar alto y claro que producía la libertad de expresión que apenas estábamos estrenando los jóvenes en el país.

El miércoles 15 de junio de 1977 fueron a votar mis padres. La vida tiene esos azares y resultó que el colegio electoral donde nos correspondía votar era la Escuela Nacional donde se había jubilado mi padre como maestro. Me pareció una extravagancia que cuidasen tanto el llevar a buen recaudo el sobre que preservaba la papeleta, hasta no verlo dentro de la urna. Salían ya ellos de la sala electoral cuando nos cruzamos mientras yo estaba guardando cola para votar. Reconozco que, con la emoción histórica de ser mi primera votación, yo tenía las lágrimas pugnando al borde de las pestañas, pero me esforzaba en controlarlas por pudor de mostrar mi intimidad en un entorno público y atestado de gente. Y al mirarnos los dos, mi padre con una sola, una furtiva lágrima, junto a la nariz, y yo con todas las que, al verlo así, no fui capaz ya de refrenar, manando como un arroyo, nos lanzamos a un abrazo largo, sin comedimiento ni recato, haciendo caso omiso del escenario.

Pero incluso después de este episodio, mi padre, con ser, como era, comunicativo, divertido y seductor, se resistió a explicar aquella irreprimible lágrima. Y nunca más volví a verlo llorar.

Dos años después de la muerte de mi padre, con ocasión de las elecciones generales de 1982, acompañé a votar a mi madre; y, al evocar yo la furtiva lágrima de mi padre en las anteriores y su secretismo respecto al voto, habló ella por vez primera, emocionada por mi recuerdo, del espantoso miedo a las delaciones que se había vivido en España a partir de la posguerra. Pero, una vez compartida conmigo esa remembranza, se quedó en silencio, y no se explayó en más detalles.

Muchos años más tarde, tras morir mi madre, me vi en la penosa situación de revisar los cientos de cajas, carpetas, libros, cuadernos, materiales escolares y fotos que tanto mis abuelos como mis padres habían dejado en pos de sí, como si nunca se hubieran tomado la molestia de seleccionar ni entresacar nada. Y, completamente a solas con todos esos espectros, ordené, al principio, los maravillosos materiales escolares, obra de la labor artesana de los maestros de la familia, que regalé al proyecto MANES: el proyecto de investigación de los historiadores de la Educación de la UNED sobre manuales y materiales escolares; luego clasifiqué los libros de Filosofía, Literatura, Historia y Pedagogía que donaría a la Biblioteca de la UNED, y, finalmente, hube de ponerme a leer un abrumadoramente extenso repertorio de documentos, que se fueron revelando cada vez más desgarradores para mí. Entre ellos, descubrí el expediente de depuración de mis padres, por el que se resolvía apartarlos del magisterio, debido a su conducta desleal al régimen del caudillo. Indagué con el corazón zozobante en qué demonios pudo consistir tal conducta y, siguiendo el hilo documental, llegué al meollo histórico.

Resultó que, algún tiempo después del 1 de abril de 1939, día del glorioso fin de la guerra ganada por el ejército nacional, fue fusilado sumarisísimamente el alcalde republicano del pueblito de la Castilla profunda donde ejercían mis padres de maestros durante la guerra. Y en la necesidad de encontrarle un reemplazo en la localidad, fue nombrado alcalde provisional mi padre, el único hombre culto aún vivo en varias leguas a la redonda, pues la alternativa que hubiera sido nombrar al boticario del pueblo (el único amigo de mis padres durante las vicisitudes nocturnas de aquellas huidas sorteando el frente de la guerra) no era posible, ya que había conseguido exiliarse a tiempo con su mujer, camino de México. Y con la Victoria con mayúscula, llegó al pueblito castellano la ayuda escolar del Auxilio Social. Era tal el estado de miseria de los escolares y de sus familias –y mayor aún, claro está, en aquel preciso momento, las de los republicanos de izquierdas supervivientes–, que mis padres, maestros vocacionales al fin, no vacilaron en distribuir equitativamente los recursos para alimentar a todos cuantos escolares estuvieran en grave estado de inanición. Y semejante decisión les reportó una denuncia de los falangistas del municipio por dar de comer –también– a los hijos de los rojos. Fueron instantáneamente represaliados y depurados, se les expulsó del

Magisterio nacional y hubieron de tornar a Madrid con mi hermano mayor, ya de dos años de edad, para acogerse bajo el techo de mis abuelos maternos, maestros también.

Mi padre recurrió el expediente, y se vio forzado a demostrar –mediante la aportación de los testimonios de quienes, concedores de su integridad, se atrevieron a correr el riesgo de avalarlos– su adhesión incondicional al régimen de Franco y su fe en la Iglesia católica, para poder recobrar unos puestos de trabajo mi madre y él, y volver a disponer de medios de subsistencia propios. Y el resto de sus vidas vivieron castrados en su libertad de expresión, incapaces, incluso una vez reinstaurada la democracia, cuarenta años después de tan injusta vejación, de exigir una reparación moral al sufrimiento que las acusaciones de mala conducta a ambos habían causado en su pundonor; y, sobre todo -y lo que es peor- incapaces de reclamar como desagravio que les suturasen las heridas del miedo.

Cuando terminé de indagar a través de esa documentación tan escrupulosamente conservada en su totalidad, lloré durante horas. Lloré todas las lágrimas no vertidas por mi padre hasta el 20 de noviembre de 1975.